

La violencia masculina ¿un asunto de salud pública?

Masculine violence: a public health issue?

Benno de Keijzer *

Resumen

¿Cuál es el origen de la violencia de los hombres en el ámbito de la pareja y la familia? ¿Es un problema genético, es una manifestación de agresividad animal, es algo explicable por la testosterona o tiene que ver con aspectos culturales y relaciones de poder? ¿Por qué es considerado un problema de salud pública? Este ensayo aborda las últimas líneas de explicación mirando el fenómeno desde la perspectiva de género. Está basado en la revisión de la creciente literatura al respecto y en algunos aprendizajes en la conducción de grupos de reflexión con hombres agresores en la ciudad de Xalapa.

Summary

What is the origin of violence of men in the couple and family? Is it a genetic problem, a manifestation of animal instincts or is it due to testosterone? Or does it have to do with cultural aspects and power relations? Why is it considered a public health problema. This essay approaches the latter explanation looking at the phenomena from a gender perspective. It is based on the growing literature on this issue as well as upon lessons learned in the conduction of reflection groups with men who want to stop being violent in Xalapa, Veracruz.

Palabras clave: Violencia, género, masculinidad, poder.

Key words: Violence, gender, masculinity, power.

*"If I mistreat you girl,
sure don't mean no harm.
I'm a motherless child
and don't know right from wrong"*^a.

*Si te maltrato nena,
Ten por seguro que no pretendo lastimarte.
Soy un hijo sin madre
que no diferencia el bien del mal*^b.

El arte con frecuencia precede a la ciencia, como en esta estrofa que aparece el maltrato a la mujer, explicado por quien maltrata, por el hecho de ser huérfano. Esto está tomado de un viejo blues, la canción "Hijo sin Madre", canción huérfana también de autor e incluido (por si fuera poco) en el CD *Desde la cuna* de Eric Clapton (1994). La hipótesis subyacente en este discurso es que la falta de socialización familiar por parte de la línea materna –del padre nada nos informa– lleva al protagonista a no tener valores claros y a ser, por ende, violento y maltratador de las mujeres.

La violencia intrafamiliar ha sido reconocida en los últimos diez años como un problema muy presente en las relaciones familiares, sobre todo la que proviene de los hombres en su calidad de pareja o de padre. El reconocimiento de la violencia de género como problema de salud pública es muy reciente y más aún que el sector oficial se ocupe de su atención y prevención más allá de su penalización. La OMS tiene varios años editando sus informes mundiales al respecto donde revela, por ejemplo, que el 40 al 70 por ciento de las mujeres que mueren asesinadas en diversos países lo son por su pareja (o expareja) sentimental¹.

El panorama en México

Es hasta el 2006 cuando el sector salud en México produce su propio informe nacional. Ahí señala que nuestro país comparte con

*Investigador del Instituto de Salud Pública de la Universidad Veracruzana y miembro de Salud y Género, AC. / México. bdekeijzer@uv.mx. El texto es parte del proceso de elaboración de la Tesis doctoral *Masculinidad, salud, resistencia y cambio en el contexto del ISP/UV*.

^a Extracto de "Motherless Child" (el copyright "no disponible a la fecha").

^b Traducción del autor.

América Latina el ser de un continente que tiene la característica de “ser la zona más violenta del mundo; si consideramos las tasa de homicidio como un indicador significativo encontramos que en la Región se registra una tasa de 16 a 17 homicidios por cada 100 000 habitantes, es decir, alrededor de ocho veces más que la tasa de homicidios registrada en Europa o hasta 16 veces más que las tasas registradas en países asiáticos como Japón, China o Corea”². Dentro del continente, México ocupa el sexto lugar en tasa de homicidios con 19.8 por 100 000 habitantes aunque las diferenciales internas muestran a estados como Guerrero con una tasa de 50 muy cercana a las tasas que se manejan en Colombia, primer lugar latinoamericano².

Enfocando la violencia hacia la pareja, desde 1998 se han desarrollado diversas encuestas nacionales para dar cuenta de este fenómeno en sus diferentes manifestaciones. En las cuatro encuestas realizadas a la fecha^c hay homogeneidad (y consistencia) en la prevalencia de la violencia física (de 10.3 a 13.6 por ciento) así como en la violencia sexual (de 7.5 a 8.3 por ciento). Donde hay mayor diferencia (atribuida a las preguntas utilizadas) es en la violencia emocional con un rango que va de 22 a 37 por ciento. En cuanto a la violencia económica la ENVIM (con tan sólo dos preguntas) detecta un 5.4 por ciento; mientras que el ENDIREH, con seis preguntas, obtiene un 30 por ciento.

La evidencia sobre la violencia de los hombres hacia sus parejas, presentada por Castro y Cacique “parece sustentar la hipótesis de que la violencia física se presenta en fases tardías después de que otras formas de violencia han comenzado ya, lo que significa que los programas de prevención de la violencia física y sexual deben de centrar sus esfuerzos en aquellas parejas que presentan violencia emocional económica.” Dicho de paso, formas de violencia más difíciles de medir³.

Los estudios internacionales y nacionales han legitimado el análisis de la violencia como un campo de investigación desde disciplinas muy diversas. Continuamente se producen

investigaciones cuantitativas y cualitativas que analizan y permiten entender mejor distintas aristas del fenómeno con diferentes grupos sociales, etéreos y en ambos géneros.

De lo biológico a lo sociocultural

Es ya antiguo el debate en torno a este problema en que encontramos posiciones confrontadas que pretenden entender la violencia desde la biología y la que la entiende más desde un enfoque psicocultural. Aquí lo analizamos desde la cultura y desde una mirada de género, donde se afirma que la violencia de los hombres no es natural. Como seres humanos tenemos, en una situación de tensión o peligro, la capacidad de atacar, pero también de huir. Sin embargo, los humanos, como seres construidos culturalmente no estamos determinados por este instinto sino que lo orientamos por caminos distintos, desde su represión total hasta sus manifestaciones más crudas, pasando por muy diversas formas de negociación y canalización que miles de años de cultura aportan.

Este abordaje nos permite ver la violencia de los hombres como una construcción sociocultural la cual explica la gran diversidad que hay en los grados y formas de violencia de una época a otra, así como entre las distintas culturas regionales en nuestro propio país. Si la violencia de los hombres es sobre todo una construcción sociocultural, esto implica que estamos ante algo que podemos:

- estudiar, analizar y comprender mejor;
- desestructurar a través de procesos terapéuticos y/o educativos;
- prevenir también a partir de un trabajo con hombres, sobre todo con niños y jóvenes, en conjunto con regulaciones sociales más severas.

Abordando la primera línea, la de comprender, resumiremos algunos enfoques y aportes que permiten una mejor comprensión del origen de la violencia en los hombres. Un primer elemento que surge es la socialización diferenciada entre hombres y mujeres. Comúnmente, se considera la socialización como algo que ocurre sólo

^c ENSARE: Encuesta Nacional de Salud Reproductiva (1998); ENVIM: Encuesta Nacional de Violencia contra las Mujeres (2003), ENSAR (2003) y ENDIREH: Encuesta Nacional sobre Dinámica de las Relaciones en los Hogares (2003).

en la infancia y la niñez cuando en realidad comienza, por lo menos, desde el nacimiento con la clásica pregunta: “¿qué fue?” seguido de formas diferenciadas de cargar, acariciar y hablarle a los y las bebés. A partir de aquí se da el intenso proceso de socialización en la familia y otras redes sociales e instituciones que abarca toda la vida.

Los hombres y la violencia de género

Los estudios sobre socialización muestran cómo se van colocando diversas presiones (que empujan en cierta dirección) y límites (que impiden el acceso a otras posibilidades) en los procesos diferenciados de niños y niñas. Aunque hay variantes en los procesos masculinos (variantes de clase, regionales, étnicas) que permiten hablar de las “masculinidades” (en plural), la mayor parte de los varones somos socializados dentro de o en referencia a un modelo hegemónico (o dominante) de masculinidad que privilegia los valores de la fuerza, el manejo del poder y la autoridad, la superioridad sobre la mujer y otros hombres, entre otros valores.

Uno de los caminos estimulados, tolerados y hasta premiados es el caso de la incorporación de la violencia en la socialización masculina. Esto no se reduce a la agresión hacia la mujer sino que incorpora también la violencia entre hombres como recurso para competir, subordinar y enfrentar o “solucionar” conflictos. De hecho, Michael Kaufman habla de la tríada de la violencia en la que la misma se ejerce:

- hacia mujeres, niños y niñas,
- hacia otros hombres
- y hacia el hombre mismo.

Es importante reconocer que el fenómeno de la violencia intrafamiliar crece y se desarrolla dentro de un contexto sociocultural más amplio que permite y favorece otras formas del violencia (tómese como ejemplo los medios de comunicación), la inequidad de género, el sexismo, la discriminación y la intolerancia.

Una de las ventanas para comprender el fenómeno está constituida por el análisis de las expectativas de autoridad y de servicio en los hombres con respecto a las mujeres y niños/as. Estas expectativas de subordinación y de múltiples servicios son parte del marco de referencia semiconsciente, no explicitado durante el noviazgo, para la conformación de la pareja y el ejercicio de la violencia cuando las mismas no son cumplidas. La violencia aparece aquí como un mecanismo para mantener o restablecer un “orden” de la desigualdad.

Algunos ejemplos de esto emergen de la sistematización^d que se realiza en el Programa “Hombres Renunciando a su Violencia” en Xalapa^e, donde se muestra un amplio abanico de expectativas que se convierten en mandatos para las mujeres:

Tipo de servicios	Expresión de él
Que denotan dominación	“Que ella me obedezca cuando hablo” “Que ella me adivine lo que quiero comer”
Sobre la expresión de los sentimientos de ella	“Que no llore cuando le explico” “Que ella no se enoje cuando llego tarde”
Servicios de compañía	“Que se quede conmigo hasta que se me pase” “Que esté junto a mí cuando como”
Servicios sobre la comunicación de ella	“Que me conteste rápido (celular) cuando le hablo” “Que me diga adonde va y a qué hora regresa”
Servicios en relación con la vida social de ella	“Que no mire a otros cuando salimos” “Que no se vaya al café con las amigas”
Otros servicios	“Que sea eficiente cuando me atienda” “Que reconozca que yo soy el bueno”

En la lógica del programa, estas expectativas se van desarrollando desde la socialización temprana y cuando no son satisfechas, suelen llevar una reacción violenta del hombre.

^d Durante los cinco años del programa se ha llevado un proceso de registro y sistematización de lo que los hombres comparten en las sesiones. Lo presentado en este artículo ha estado centralmente a cargo del Mtro. Manuel Fuentes Pangtay.

^e Esfuerzo colaborativo entre Salud y Género, AC y Centros de Integración Juvenil con asesoría de CORIAC (Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias) y Hombres por la Equidad y apoyo del DIF en Veracruz, en cuanto a referencias.

En convergencia de lo que se observa en los programas en el nivel micro, los estudios nacionales sobre violencia, por las mismas razones, apuntan a que “deben también incluir nuevas variables que les permitan dar paso a mediciones sobre el tipo de relación que mantienen las parejas, la forma como se distribuye el poder y el trabajo, el grado de libertad y autonomía de las mujeres al interior de la pareja y otras variables que permitan estudiar mejor los desequilibrios de género que pueden estar asociándose a la producción de la violencia”³.

La perspectiva desde la salud mental

Otro eje convergente en la violencia es el manejo de emociones en el varón joven y adulto como parte de la especialización temprana de afectos que, frecuentemente, lleva a la negación de la experiencia de tristeza, el miedo o el dolor, a la vez que se legitima la expresión de la alegría y el enojo. Esto se corroborado en múltiples talleres con hombres donde reconocen el mecanismo de convertir o cubrir estos sentimientos devaluados con el enojo, frecuentemente en su modalidad violenta. La línea entre el enojo y la violencia es muy delgada o hasta invisible para muchos hombres. Ante la propuesta, planteamiento o deseo de no ejercer violencia en sus relaciones familiares es común la pregunta: “Entonces.. no me puedo enojar?”

Esta dificultad de verbalizar necesidades se articula con la esfera emotiva de los hombres. Aparte y producto de los procesos de socialización, existe una dimensión que subyace a las representaciones y prácticas de los varones en el terreno de la sexualidad, la reproducción y la paternidad. Me refiero entonces a la dimensión de la salud mental, de la subjetividad o emotividad masculina. La construcción de la masculinidad no trata sólo de la generación de representaciones y prácticas, sino de una serie de presiones y límites en ciertas manifestaciones de la emotividad sobre todo relativas al miedo, la tristeza y, frecuentemente, hasta la ternura.

La falta de inteligencia emocional se encuentra frecuentemente como trasfondo de las adicciones y de las violencias con

su consecuente impacto negativo en la reproducción, la sexualidad, las relaciones y economía familiar. Asistimos así a una suerte de cosecha tardía de problemas generados durante los procesos tempranos de socialización. En forma relativamente reciente circula el término alexitimia que se refiere a este analfabetismo emocional, y, más precisamente, a la incapacidad de leer las propias emociones –lo cual lleva también a problemas para comunicar y expresarlas.

Muy articulado al manejo de afectos están las muy diversas funciones que cumple el alcohol en la vida de los hombres. El alcohol ha constituido un elemento privilegiado para la transgresión de normas y, en este caso, como justificación sociocultural para el ejercicio de la violencia dentro y fuera de la familia. Todo esto se da bajo el argumento de que el hombre “estaba fuera de sí” o “no sabía lo que hacía”. En realidad, el alcohol sólo facilita la expresión de ciertos (y muy variados) sentimientos. Cuando se consume en niveles tóxicos no permite la suficiente coordinación como para una agresión, a la vez severa y “no consciente”.

Otro elemento central que surge en la experiencia de trabajo con hombres está constituido por la vivencia de relación con el padre. Son sumamente frecuentes las historias de una ausencia paterna por muerte temprana, separación o abandono (una ausencia que también “educa”) o de una presencia excesiva en términos de violencia y autoritarismo. Al hablar de la relación con su padre uno de los hombres en el grupo de Xalapa afirma exaltado: “*Siento como una fuerza que me empuja a ser como él y como un freno en el cuerpo que no quiere*”. Abundan los estudios que muestran que el haber sufrido violencia o haber sido testigo de ella en la infancia tiende a ser un predictor de la violencia familiar a futuro. Esto opera en forma de espejo en las mujeres que sufrieron abuso en la infancia. Por otro lado, la frecuencia de padres presentes, apoyadores, compañeros y cariñosos es menor, pero importante como marcador de otras formas de relación. En la socialización de los niños pueden pesar los hermanos quienes también ejercen y enseñan la violencia (o lo contrario) –una veta casi inexplorada.

Masculinidad, poder y cambio

El tema de la violencia es uno de los centrales en la relación entre masculinidad y salud, por las enormes consecuencias que la violencia tiene sobre la salud tanto de hombres como de mujeres. Aparte de la evidente presencia de las muertes violentas en los hombres desde la pubertad (accidentes, suicidio y homicidio) y los efectos directos de la violencia sobre las mujeres, existen otras formas más veladas que tienen que ver con el consumo de sustancias o prácticas de riesgo en el ámbito de lo sexual. Por otra parte, desde hace varios años se viene estableciendo la presencia de violencia de pareja en el ámbito de la salud sexual y reproductiva como es el caso de las infecciones de transmisión sexual (en especial el VIH-SIDA) y en la mortalidad materna.

Más allá de las formas más explícitas y abiertas de violencia quedan para trabajarse una infinidad de inequidades y formas simbólicas que aún están presentes en las relaciones de género con el consenso, a veces inconsciente, tanto de hombres como de mujeres. Como lo afirma Bourdieu: “La dominación masculina se encuentra con una sumisión tanto más difícil de destruir con las meras armas de la consciencia cuanto que está inscrita en los pliegues del cuerpo”.

En el ámbito internacional, y en especial en Europa y Norteamérica, desde la década de los noventa hay una proliferación de programas y modelos que utilizan diversas estrategias para detener la violencia con hombres que se acercan voluntariamente u hombres derivados por los servicios de justicia. Un poco más reciente es el surgimiento de programas y estrategias en México para trabajar con hombres que se relacionan violentamente con sus familias. En el país existen programas en al menos ocho estados, muchos de ellos impulsados por el Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias (CORIAC) y en diálogo con gobiernos locales, estatales u organizaciones civiles.

Esta aproximación ofrece también posibilidades de empezar a trabajar «río arriba» hacia estrategias preventivas en el trabajo con hombres. En esta perspectiva ubicamos

también el trabajo de Barker⁴, quien ha tratado de comprender las razones por las cuáles emergen hombres jóvenes no violentos de contextos violentos tanto en los EE.UU. como Brasil. El autor retorna el concepto de resiliencia como eje valioso para entender los factores y procesos que, en contextos de extrema pobreza y violencia, hacen que emerja una proporción (pequeña, pero significativa) de jóvenes tendientes a la equidad de género y a la resolución no violenta de conflictos.

Con modelos de trabajo diversos estas experiencias realizan esfuerzos extraordinarios por ofrecer una alternativa a estos hombres y a los jóvenes. Las estrategias de trabajo con hombres deben combinar, al menos, tres ejes. Dos de ellos son señalados por Kaufman⁵:

- El cuestionamiento de la forma en que incorporamos el poder y las ventajas y privilegios que estos reportan en nuestras relaciones.

- El reconocimiento del dolor y los costos que esta socialización supone para otras personas y para los propios hombres.

Esto permitiría compartir y cuestionar también los mecanismos de opresión entre hombres que están en situaciones diferenciales de poder (de clase o generación, por ejemplo) y que se padecen y se aceptan justamente ante la promesa de una cuota de poder a futuro al menos sobre algunas mujeres y sus hijos.

Un tercer eje, junto con los del poder y el dolor, es el de las ganancias que se tienen en diversos aspectos de la calidad de vida: la relación de pareja (la sexualidad, la negociación de conflictos), los hijos (la paternidad), las relaciones con otros hombres y mujeres y el contacto con el propio cuerpo, la salud y las emociones.

El movimiento que ha creado y dado legitimidad a la perspectiva de género es el movimiento feminista, tanto desde la academia como la militancia. Esta perspectiva tiene tal avance que ya también investiga activamente el campo masculino. La socialización, la salud reproductiva, la sexualidad y la salud mental de los hombres están emergiendo en libros,

tesis y conferencias, producto del trabajo de varias connotadas especialistas de género.

Un caso ejemplificador es el texto editado por Michele Bograd⁶ ya desde 1991. Al referirse al trabajo con hombres reconoce que: “este proceso puede transcurrir con enojo, confusión, hipocresía y dolor; pero no carece de muchos momentos de regocijo y promesa”.

En un plano más amplio, es evidente que este problema, por sus dimensiones y su impacto debe considerarse un problema dentro de la salud pública. Esto permitirá atender sus diversas consecuencias de mejor manera, pero más aún, contribuiría a desarrollar estrategias para su prevención y el diseño de acciones desde una mirada de promoción de la salud.

Referencias bibliográficas

1. OPS y OMS, *Informe Mundial sobre la violencia y la salud, publicación científica y técnica*, No. 58, Washington, OPS y OMS. 2003.
2. Hajar Martha, “Violencia y salud pública”, *Informe Nacional sobre Violencia y Salud*, Secretaría de Salud México, DF, SSA, 2006.
3. Castro, Roberto e Irene Cacique,, “Violencia de pareja contra mujeres en México: en busca de datos consistentes”, “Violencia y salud pública”, *Informe Nacional sobre Violencia y Salud*, México, Secretaría de Salud, DF, SSA. 2006.
4. Barker, Gary. *Dying to be men: youth, masculinity and social exclusion*, Routledge, Londres. 2005.
5. Kufmann, Michael “Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”. En Valdés, T. y Olavarría, J (eds.) *Masculinidad/es*, ISIS/FLACSO, Santiago de Chile.1997.
6. Bograd, M. *Feminist Approaches for men in family therapy*, New York: Harrington Park Press. 1991.